

Los estudios subalternos ante el Ministerio de Defensa

Víctor Vich

Si lo subalterno es lo socialmente excluido, la subalternidad es la negación de la nación. Su constante presencia interpela y desestabiliza todo discurso que se atribuya la representación de la totalidad. La subalternidad no sólo demuestra que los proyectos nacionales no han sido posibles sino que, en buena cuenta, la nación sigue siendo el relato biográfico de una elite; un relato armado sobre instituciones que lejos están de representar los intereses de todos y un discurso –casi ventrílocuo- incapaz de relacionarse éticamente con aquello que lo desestabiliza.

La reflexión anterior viene a razón del video que el Ministerio de Defensa ha decidido propagar por los canales públicos y privados como respuesta al informe de la Comisión de la Verdad. Dicho video insiste en asumir que la verdad de su institución debe ser la verdad de todos los peruanos y que hay víctimas que deben tener más visibilidad que otras. Nadie duda del dolor de los familiares de los soldados muertos en defensa del orden democrático (ni mucho menos de su valor para ir a enfrentar al terrorismo), pero aquí se trata de analizar la producción de un discurso autosuficiente y vergonzosamente alejado de la autocrítica; una especie de discurso colonial que sólo habla para sí mismo y que silencia la otra gran parte de la verdad.

¿Qué pasaría si en vez de difundir únicamente un video como el actual, el Ministerio de Defensa decidiera también producir otro, pero con los testimonios de las mujeres que fueron violadas por soldados vestidos con el uniforme de la patria? ¿Qué pasaría si, en vez de mostrar sólo la parte que le conviene, el Ministerio de Defensa produjera –además- un video con los testimonios de los torturados e hiciera público su sentimiento de vergüenza por la persistencia de una práctica tan ilegal como la tortura? ¿Qué pasaría si, en lugar de intentar «quedar bien» ante la población, el propio Ministerio de Defensa presentara los casos de los desaparecidos y ofreciera las explicaciones pertinentes?

La respuesta es sencilla porque las propuestas son bastante ingenuas: sucedería que no viviríamos en el Perú o, más teóricamente, que nos encontraríamos ante la producción de un discurso estatal radicalmente antiestatal; algo tan absurdo como

pedirle a Donald Runsfeld que piense como Michael Moore o, más ingenuo aún, que la CIA esté dispuesta a financiar la segunda parte de *Bowling for Columbine*. Es decir, tal como se ha constituido la política, nos es imposible pensar en la posibilidad de que los Estados nacionales sean capaces de producir discursos éticos, fuertemente diferenciados de la violencia y realmente autocríticos.

Lo cierto es que ahora contamos con tres indicadores que demuestran que las violaciones de derechos humanos durante la denominada «guerra sucia» no pueden continuar entendiéndose como simples «excesos de responsabilidades individuales» sino más bien como hechos vergonzosamente generalizados en las prácticas de las instituciones castrenses. Ahora sabemos que de cerca de 1,000 casos reportados, el 83% de las violaciones a mujeres durante la guerra corresponden al abuso propiciado por los soldados peruanos; sabemos también que de los 6,443 casos de tortura registrados, el 75% le son atribuidos a las Fuerzas Armadas y que de los 4,414 casos de desapariciones, el 65% las realizaron quienes supuestamente representan a la legalidad y la constitución. Estas cifras -realmente contundentes- merecen una explicación y, en principio, deberían servir para reflexionar sobre el tipo de formación legal y ética que se imparte en las escuelas militares.

En todo caso, hay que continuar afirmando que no hay ética sin autocrítica y que la absoluta incapacidad de realizarla continua siendo la práctica más común de la nefasta tradición de hacer política en el Perú. Hace pocos días hablaba con un amigo militar y él me decía que en la guerra no hay reglas y que durante ella no es necesario respetar los derechos de las personas. Este tipo de razonamiento es el que explica buena parte de la cantidad de muertes absurdas y debería ser central en el tema de la reforma de las Fuerzas Armadas.

Como han venido señalando Hugo Neyra y Jhonny Zas Fris, el famoso “Discurso del Politeama” de Manuel Gonzales Prada se parece demasiado al que pronunció Salomón Lerner el día de la entrega del informe de la Comisión de la Verdad. Con más de un siglo de diferencia, ambos insisten realmente en lo mismo: en proponer que somos una nación enferma, incapaz de relacionarse con su traumática verdad; una nación gobernada por los intereses de pocos, que no aprende de su pasado y que persiste en el error.

En todo caso, sabemos que sin el riesgo político que asume la verdadera autocrítica será muy difícil cambiar algo en este país y el informe de la CVR es la instancia perfecta para comenzar a autoanalizarnos. Sus argumentos buscan desafiar a la historia oficial y aspiran a totalizar el verdadero espanto de comunidad que hemos construido. No es exagerado decir que el informe de la CVR realiza exactamente todo lo contrario a lo que actualmente el Ministerio de Defensa está haciendo con la difusión de aquel video destinado a mostrar sólo una parte de la verdad.

Dicho video, al que ahora se le ha sumado el nada honroso auspicio de Panamericana televisión, insiste en la producción de un gesto colonizador incapaz de integrar la verdad de los «otros» al interior de la verdad propia. Su objetivo es claramente el de la manipulación y se trata, por tanto, de un discurso denigrante, no por los testimonios que ahí aparecen (los cuales son verdaderos y conmovedores) sino por el contexto político en el que se inscribe. Cualquiera pensaría que los peruanos podemos comenzar a cambiar pero en realidad parecemos encontrarnos otra vez ante el falso discurso de las elites que quieren impostar la voz del conjunto; ante el poder monológico que no tiene reparos en querer silenciar a las otras víctimas de la violencia política.

Repito: quienes aparecen en dicho video merecen todo nuestro respeto y solidaridad. Sin embargo, sabemos que hay muchas otras personas que pasaron por lo mismo –pero a causa de las Fuerzas Armadas- y no son menos importantes que ellas. Es muy triste, pero al actual Ministro de Defensa habría que recordarle el título del editorial del anterior número de *Quehacer*: «no somos idiotas».